

el camino de santiago

LA efigie del Santo a caballo se yergue, en este veinticinco de julio, en los retablos, hecha fulgor del románico y del gótico. Durante mil años las gentes de Europa han cruzado muchos caminos para llegar a Compostela. Allí, según la tradición, les esperan los restos mortales del Santo Apóstol, hijo del Trueno, Santiago Matamoros. Toda la leyenda, o las leyendas, que se han tejido a lo largo de un milenio, palpitan de estremecidas irregularidades, sugerencias y milagros. El camino de Santiago brilla en el cielo y es en la tierra una ristra de santuarios, un cruzar de puentes, una proyección de almenas y de cruces.

¿Hay algún asomo de verdad en estas leyendas? ¿Llegaría el Evangelizador, pariente y amigo de Cristo, a estas orillas, navegante en una barca de piedra? ¿O hay que dar fe a lo consignado en los "Actos de los Apóstoles", que dice: "Y en el mismo tiempo, el Rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos, y mató a cuchillo a Santiago, hermano de Juan"? En el extremo sur de la ciudad de Jerusalén se levanta hoy un templo suntuoso, que regentan los armenios cismáticos, sobre el lugar en que se dice fue martirizado el Apóstol Santiago, unos catorce años después de la Ascensión. Pero aún quiere la tradición que ello no impida que los restos del Santo estén en Compostela. Discípulos y amigos de Santiago habrían trasladado sus despojos desde aquellas orillas mediterráneas al Finisterre español, en una navegación que duró siete días. Se trata de "lo que dice la gente", de lo que la gente cree. Ninguna justificación erudita podrá convencer a los peregrinos de lo contrario. Y aquel pescador primo de Cristo, hijo del Zebedeo, hermano de Juan, se inscribirá en la Historia como un batallador aguerrido y un partisano en la guerra contra los moros, liberador del tributo de las cien doncellas, alfil de Carlomagno y capitán general celestial de los Ejércitos.

Pero aquí lo menos importante es la veracidad o la fidelidad de los hechos, juzgados históricamente. Lo que impresiona de esta figura de Santiago, que reina después de morir, es la proyección ecuménica de la leyenda. De modo que, de Escandinavia y de Hungría, de Inglaterra, de Flandes y de Francia hasta aquí, logre tejer en el medievo una trama espesa de senderos que afluyen a Compostela, un tejido tupido de hosterías, hospitales, ermitas y abadías, por las que afluyen a nuestro país las corrientes del mundo conocido y se intercambie nuestra cultura con los aires civilizadores de otras gentes, en proporciones gigantescas.

Francia es el centro de esta catapulta que dispara hacia Compostela legiones de peregrinos, durante un largo proceso histórico que inventa la arquitectura, la ingeniería y los caminos. Por mar llegan de Britania los peregrinos, que luego, desde Burdeos pasarán por Roncesvalles al Campo de las Estrellas. En París existe todavía una calle llamada de Santiago, que era el punto de partida de la ruta jacobea en el siglo XI. Se dice que el Dante, en el XIII, peregrinó a la tumba del Apóstol.

E la mia Donna piena de leticia
Mi disse: mira mira, ecco el Barone
per cui leggió si visita Galizia.

La turba es incesante, durante años y siglos. La peregrinación impregnará los aires de una Europa en trance de for-

marse y definirse, con un sentido viajero que compensará el inmenso tráfago hacia Oriente originado por las Cruzadas. El entendimiento de los pueblos se verificará en las posadas del camino, en las noches de vela o de reposo de esta ruta, que no tomará menos de tres meses a los que la inicien en París. Compostela es la Meca del cristianismo y promueve una enorme migración devota cuyos frutos más visibles y duraderos son, empero, profanos. Del Camino de Santiago nacen las estructuras culturales de la Edad Media, la andadura de los caballeros y la premonición del Renacimiento. Nace el arte románico, que culmina al final de la ruta en el Pórtico de la Gloria, la joya del maestro Mateo. Los hispanos recibieron por ahí costumbres más pulidas, artes más primorosas. Los peregrinos se llevaron a Occidente el sistema de la crucería, aprendido de los árabes, que dará origen a la bóveda gótica; la afición a los bellos tapices y a los marfiles labrados; se llevarán también al otro lado de los Pirineos nuestros hermosos romances, que darán origen a las canciones de gesta. La cultura se ensancha, se funde y acrisola en virtud del Camino de Santiago.

La fama de Compostela creció por todo el Orbe habitado, merced a los prodigios que se decía obraba el Santo. A un caballero de linaje de reyes que paseaba a caballo en la orilla del mar de Galicia se le desbocó la bestia y fue arrojado al mar. Ya a punto de ahogarse, se encomendó al Apóstol y al punto fue sacado por fuerza celestial del océano y se encontró en la orilla cubierto de veneras. De este prodigio de ex voto popular se origina, según la tradición, el hecho de que los peregrinos adornen sus vestidos y hábitos con conchas marineras.

Pero la credulidad popular hará al Santo vencedor desde las nubes de una batalla, la de Clavijo, que probablemente no fue nunca librada una batalla a su vez legendaria que vendría a inventar el tono heroico y épico en torno a la Santa y mística figura del Apóstol. Más tarde, Alfonso VIII hará suyo el grito de "¡Dios ayuda y Santiago!" que con el de "Santiago y cierra España" será el "slogan" de la Reconquista. La creencia en que los poderes sobrenaturales han escogido tierra española para los despojos del Apóstol, procura a los guerreros una confianza sobrehumana. Escribe en el siglo XII Fernando II de León: "Quien quisiere conservar el reino de España y dilatalle, este consejo ha de seguir: que procure tener propicio al beatísimo Santiago, cierto y especial patrón de las Españas. Yo Fernandino, por misericordia de Dios Rey del cetro de León, alférez de Santiago". Alfonso "el Sabio" escribía en su testamento que rogaba a Santiago, "que es nuestro señor y nuestro padre, cuyos alféreces somos". Y Quevedo se aventuró todavía a decir a Felipe IV que su mayor grandeza estaba, no en sus timbres reales, sino en ser alférez del Apóstol.

En el lugar cercano al Sar donde un ermitaño, Pelayo de nombre, vio perlear infinidad de luces acompañadas de cánticos celestes, en los primeros años del siglo IX, y que fue bautizado como Compostela o Campo de las Estrellas, se corporeizó el anhelo que aquella humanidad, preparada para cruzar el año mil, sentía de algo prodigioso y sobrenatural. Este deseo y esta nostalgia produjeron una de las sacudidas espirituales más trascendentes de la Historia. El Campo de las Estrellas fue, efectivamente, un foco ubérrimo de luces, que iluminó los parajes antes llenos de miedo, de tiniebla y soledad. Esta es la luz del Camino de Santiago.